

Alan Wheatley ofrece una semblanza de **Richard Layard**, que cree que el propósito original de la economía es maximizar la felicidad y el bienestar

## Una vida de corazón generoso

**A**L DÍA siguiente de haber compartido un escenario con el Dalai Lama, Richard Layard, Profesor de la Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres (LSE, por sus siglas en inglés) está entusiasmado. Como director del Programa de Bienestar del Centro para el Desempeño Económico de la LSE, Layard estudia la felicidad, y de ahí que esté feliz con el encuentro de la tarde anterior. Ambos hombres habían conversado en una reunión de Action for Happiness, un movimiento comunitario que Layard cofundó en 2010 para promover con acciones prácticas una sociedad más feliz y solidaria. El líder espiritual tibetano patrocina al grupo. “Al final pregunté al Dalai Lama qué debemos cultivar más que ninguna otra cosa, y respondió, ‘Un corazón cálido’”, recuerda Layard sonriendo.

Layard era un distinguido economista laboral mucho antes de concentrarse en la felicidad. Es conocido por sus investigaciones

sobre el desempleo durante los años ochenta y su defensa de políticas a favor de los desempleados a condición de que intenten encontrar trabajo. Este enfoque adquirió popularidad en ciertos sitios de Europa continental y fue un pilar del programa económico del primer ministro británico Tony Blair.

### La gente primero

“Es interesante ver cómo durante su carrera ha pasado de un ámbito a otro, pero siempre concentrándose en el bienestar de la gente”, comenta Martine Durand, estadística principal de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). “Toda su labor gira en torno al deseo de mejorar las políticas y las vidas de las personas: hacer de las personas la prioridad”.

Un cínico podría decir que el anhelo del Dalai Lama de un corazón cálido no puede ocultar la fría realidad del débil

crecimiento mundial y la pobreza persistente en muchos países. ¿No es la economía de la felicidad, aún vista con escepticismo por muchos economistas, un capricho que roba tiempo a cuestiones más apremiantes? No para Layard: estudiar qué hace felices a las personas es revivir la idea de Jeremy Bentham, Adam Smith y otros padres de la economía de que la política pública debe procurar lograr la mayor felicidad para la población. “Desde la Ilustración del siglo XVIII, la idea central de la civilización occidental ha sido que la medida de una buena sociedad es cuán feliz es la gente. No se trata de una idea nueva”, dice Layard, de 81 años, en la entrevista con *F&D* en su oficina en la LSE.

Lamentablemente, considera Layard, la economía ha ido perdiendo de vista este fin original. La maximización de la utilidad, o felicidad, se fusionó con la maximización del consumo, y luego con el ingreso y el PIB. La contribución de Layard, junto con la de otros economistas, como Andrew Oswald de la Universidad de Warwick) es haber ayudado a reafirmar la importancia de factores distintos del ingreso a la hora de determinar la felicidad.

“Para entender cómo la economía afecta nuestro bienestar debemos recurrir también a la psicología”, dijo Layard en tres charlas que ofreció sobre el tema en la LSE en 2003. El PIB, agregó, es una “medida inútil del bienestar”. Esas charlas dieron origen a un exitoso libro publicado en 2005, *Happiness: Lessons from a New Science* (La felicidad: Lecciones brindadas por una nueva ciencia), donde sostiene que siete factores principales afectan nuestro nivel de felicidad (definida como disfrutar la vida y sentirse a gusto): relaciones familiares, situación financiera, trabajo, comunidad y amigos, salud, libertad personal y valores personales.

Si la mayoría de estos criterios suenan sospechosamente subjetivos, Layard afirma que no lo son. Son mensurables. Decidió escribir el libro luego de que un neurocientífico, Richard Davidson, le mostrara que las mediciones de la actividad cerebral coinciden a lo largo del tiempo con cómo las personas dicen sentirse. “Eso me convenció de que debemos tomar en serio lo que dicen las personas cuando nos cuentan sus sentimientos”, dice Layard.

### Un camino sinuoso

Layard llegó a la economía indirectamente. Sus padres eran psicólogos junguianos y, tras estudiar en Eton, Layard estudió historia en Cambridge. Su ambición era convertirse en reformador social. Consideró seriamente hacerse psiquiatra, pero optó por estudiar docencia para ser educador. Un cargo como investigador principal en la Comisión Robbins (cuyo informe de 1963 dio lugar a una gran expansión de la educación superior en Gran Bretaña) llevó a una invitación para ayudar a establecer un centro de investigación sobre política educativa en la LSE. Para hacerlo, Layard obtuvo una maestría en economía en esta institución. De modo que no se convirtió en economista hasta encontrarse en la treintena.

Pero dice que no sería correcto describirlo como un economista “por accidente”. Para empezar, él había pensado en estudiar el tema en la universidad. “La economía me atraía por las razones que desarrollé más adelante en mi vida, por

la creencia de que era la única ciencia social interesada en la selección racional de prioridades en base a su impacto sobre la felicidad humana”, recuerda.

## El público está decepcionado porque el crecimiento a largo plazo no ha creado vidas más felices, con menos estrés.

El argumento de los economistas de la felicidad de que los pobres se benefician mucho más que los ricos de un dólar adicional de ingreso implica que la política pública debe procurar reducir la desigualdad, una de las metas de la obra de Layard. Layard está a favor de tasas impositivas marginales muy altas y, como Paul Krugman, se opone a la idea de que la austeridad es necesaria para que economías como la de Gran Bretaña se recuperen tras la reciente crisis financiera mundial. Pero Layard insiste en que no se opone al crecimiento. El crecimiento guarda relación con la creatividad humana y una búsqueda permanente para mejorar las cosas. “Esta no es una receta para una sociedad de lotófagos”, dice. Pero, agrega que datos de Estados Unidos y Alemania occidental desde los años cincuenta muestran que una mayor riqueza no genera mayor felicidad. Piensa que el público está decepcionado porque el crecimiento a largo plazo no ha creado vidas más felices, con menos estrés. “No garantiza la felicidad y hemos de cuidarnos mucho de no sacrificar demasiado en nombre del crecimiento económico”, advierte. Ofrece un ejemplo: los bancos ganaron el argumento de que la desregulación era buena para el empleo y el crecimiento a largo plazo, pero su imprudencia en la concesión de préstamos contribuyó a la crisis financiera de 2008–09. El resultado fue desempleo e incertidumbre, dos ingredientes de la infelicidad. “Nunca debemos sacrificar la estabilidad económica”, dice Layard. “La seguridad es una necesidad humana vital”.

El desencanto con el crecimiento como medida del bienestar solía ser una idea asociada al Reino de Bhután y su búsqueda de la felicidad nacional bruta. Este ya no es el caso. A raíz del libro de Layard, la comisión Stiglitz-Sen-Fitoussi (creada por el presidente francés, Nicolas Sarkozy, tras la crisis de 2008–09) se pronunció a favor de medidas de bienestar más amplias. Naciones Unidas ahora patrocina un *Informe Mundial sobre la Felicidad*, y la iniciativa “Better Lives” de la OCDE procura medir la satisfacción con la vida. Otro adepto es el ex presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, Ben Bernanke. “El fin primario de la economía, por supuesto, es entender y fomentar bienestar”, dijo en 2012.

Después de que Layard lo asesorara sobre el mercado laboral, Blair lo elevó a la Cámara de los Lores del Parlamento Británico, pero Layard no restó mérito al Primer Ministro Conservador David Cameron por ordenar que la oficina de estadística británica mida la felicidad junto con el PIB. “Es hora de admitir que la vida no solo es dinero, y es hora de

concentrarnos no solo en el PIB, sino también en el bienestar general”, decía Cameron ya en mayo de 2006. Otros países han seguido este ejemplo.

### Una disciplina alternativa

Pese a estar en boga el tema, Gus O’Donnell (economista que dirigió el servicio público británico) dice que a los economistas que estudian la felicidad aún les cuesta lograr que su trabajo sea publicado. Establece un paralelo con la economía conductual, que también era una disciplina alternativa hace 30 o 40 años. Hoy es convencional, y uno de sus principales exponentes, el psicólogo Daniel Kahneman, recibió el Premio Nobel de Economía en 2002. “Los estudios sobre el bienestar y la felicidad están algo a la zaga. Creo que dentro de 10 o 20 años será una parte fundamental de los planes de estudios”, dice O’Donnell, ahora presidente de la consultora londinense Frontier Economics.

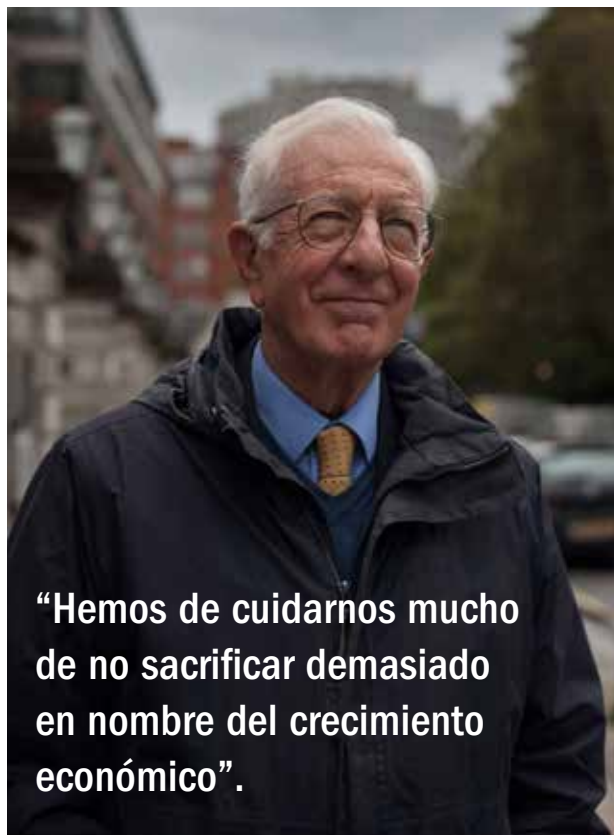
O’Donnell ha escrito mucho sobre la economía de la felicidad. Él y Layard elaboraron un informe de 2014 sobre el bienestar y las políticas encargado por el Instituto Legatum. (Angus Deaton, Premio Nobel de Economía de este año, fue otro de los autores). O’Donnell ve un vínculo entre la insatisfacción con el PIB como medida del bienestar y la creciente frustración con los partidos políticos establecidos, especialmente en Europa. “La narrativa política omite muchas cosas de suma importancia en la vida de las personas, y por lo tanto estas se sienten desconectadas”, afirma.

El origen de la economía de la felicidad es la paradoja de Easterlin. En 1974, en un influyente artículo, Richard Easterlin de la Universidad del Sur de California planteó que en promedio los ricos son más felices que los pobres, pero que paradójicamente una sociedad en promedio no es más feliz a medida que el país se enriquece. Un motivo de esto, dicen Layard y otros economistas de la felicidad, es que las personas comparan sus ingresos con los de quienes los rodean. “Son más felices cuanto más arriba se encuentran en la escala social (o de ingresos). Pero cuando todos suben juntos el estatus relativo no cambia”, escribió Jeffrey Sachs, director del Instituto de la Tierra en la Universidad Columbia en Nueva York, en el *Informe Mundial sobre la Felicidad 2012*.

Sachs también señala que el concepto de utilidad marginal decreciente significa que el aumento en los ingresos debe ser mayor a medida que el ingreso sube para generar el mismo beneficio. Es por esto que los estudios sobre el bienestar indican una relación clara entre ingreso y felicidad para las personas de ingresos bajos a medios, que de ahí se nivela, como una curva logarítmica.

### Tener más compasión, competir menos

Para Layard, ver la vida como un juego de suma cero es un despropósito. Le gustan los desafíos, especialmente entre organizaciones o en el deporte. Quiere que la LSE eclipse a otras universidades y aún juega al tenis dos veces a la semana. Pero retrocede al recordar el lema de un ministro de Educación de Gran Bretaña, “mantenerse por delante”, y dice que el individualismo es el enemigo de la felicidad. “Es realmente importante que las personas no piensen que la vida consiste en



**“Hemos de cuidarnos mucho de no sacrificar demasiado en nombre del crecimiento económico”.**

demostrar que son mejores que los demás”, afirma. Más compasión y menos competencia es la respuesta: “Hay que vivir la vida con un corazón mucho más generoso”.

No todos ven la felicidad del mismo modo. En un influyente artículo de 2008, los economistas Betsey Stevenson y Justin Wolfers de la Universidad de Pennsylvania reevaluaron la paradoja de Easterlin con nuevos datos. Sin descartar la función de las comparaciones de ingresos relativos, concluyeron que: “Como un todo, es difícil conciliar los nuevos datos con afirmaciones previas de que el crecimiento económico no incrementa la felicidad”.

Layard reconoce el minucioso trabajo de Stevenson y Wolfers, pero dice que no consideran variables que cambian junto con el ingreso. Factores como la salud, la libertad personal y la solidez del respaldo social de las personas impulsan gran parte de la relación entre PIB per cápita y bienestar, argumenta Layard. Dice que en los países el ingreso explica no más del 2% de la variación en nivel de felicidad, incluso en los países más pobres.

La economista británica Diane Coyle refuta la tesis de que la satisfacción con la vida y el crecimiento del PIB no están positivamente correlacionados. “Hay cosas que algunas personas desean creer con tanto fervor que ni los datos ni la lógica los disuaden, aunque sean brillantes”, ha escrito. Basta con decir que la controversia destaca que es necesario investigar más las técnicas de medición y las razones de las diferencias de felicidad a escala personal y nacional.

Layard considera el trabajo que hizo sobre el desempleo —con Stephen Nickell y Richard Jackman— modelizando



la tasa de desempleo no aceleradora de los precios como su aporte más original a la economía (Layard, Nickell y Jackman, 1991). Su explicación del desempleo se aleja de supuestos de un mercado laboral de competencia perfecta y propone un modelo basado en la determinación salarial mediante negociación o salarios de eficiencia. Según Layard, el modelo ha resistido bien la prueba del tiempo. Explica por qué en Alemania, que ha adoptado la reforma del mercado laboral, el desempleo es muy inferior al de algunos de sus vecinos. “Países como Francia, que se han negado a tomar en serio esta cuestión no han registrado ningún cambio en la tasa de desempleo subyacente”, dice.

Layard, que asesoró a instituciones de Rusia en los años noventa tras la disolución de la Unión Soviética, aboga por el método del palo y la zanahoria para abordar el desempleo: políticas activas en el mercado laboral que ayuden a las personas a conseguir empleo, junto con prestaciones sociales que las alienten a volver a trabajar. Este enfoque de “amor condicionado” atrajo a laboristas moderados como Blair, pero desilusionó al núcleo sindicalista del partido. Layard también ha sido fustigado por la derecha. La crítica de *Happiness* por el *Daily Telegraph* condenó las propuestas de redistribución del ingreso mediante el sistema tributario y la reducción de la paga vinculada al desempeño como las “fatuas sugerencias utilitarias” de un “socialista exalumno de Eton”. Otro crítico atacó su “romanticismo reaccionario”.

“Richard se ha enfrentado a personas de todo el espectro político en aras de mejorar el bienestar de todos”, dice O’Donnell. “Es increíblemente persistente”.

### Salud mental

En el mismo sentido, Layard se ha convertido en un adalid del mejor tratamiento de las enfermedades mentales pese al estigma del tema en ciertos sectores. “Lo sorprendente es que aún se piensa que hay que tener una justificación económica para tratar a los enfermos mentales, a diferencia de quienes padecen dolencias físicas”, dice. Su motivación es simple: las enfermedades mentales explican mejor que la pobreza o el desempleo la infelicidad en los países ricos. En Gran Bretaña representan más de la mitad de todas las enfermedades en personas menores de 45 años. Sin embargo, menos de un tercio recibe tratamiento. El costo —en términos de desdicha personal y de fondos públicos— es enorme. Layard se enorgullece del papel protagónico que jugó para persuadir al gobierno del Reino Unido para que capacitara a miles de terapeutas para tratar a pacientes con depresión y ansiedad crónica. Opina que “esta ha sido una combinación realmente fructífera de economía y psicología clínica”.

El programa para mejorar el acceso a la terapia psicológica, lanzado en 2008 y elogiado por la revista *Nature*, surgió tras un encuentro casual entre Layard y el reconocido psicólogo clínico David Clark en un té. Layard ha descrito a Clark como un visionario. Juntos escribieron el libro *Thrive: The Power of Evidence-Based Psychological Therapies* (Prospeerar: El poder de las terapias psicológicas basadas en la evidencia) en 2014. Layard también rinde homenaje al “increíblemente útil” apoyo de su mujer, Molly Meacher, que presidió

los servicios de salud mental en el este de Londres. Si bien Layard está complacido con la respuesta del gobierno, queda mucho por hacer y el dinero escasea. Antes de esta entrevista, había estado en el teléfono con funcionarios públicos tratando de obtener más fondos para el tratamiento de enfermedades mentales. Las terapias psicológicas son su obsesión, según O’Donnell. “Quizá sea una palabra que cabe usar con Richard, porque él tiene obsesiones”, dice con humor.

### Cambio climático

La otra preocupación actual de Layard es el cambio climático. Es uno de los propulsores del Programa Global Apollo, que busca lograr que en 10 años la energía renovable sea más asequible que los combustibles fósiles, mediante investigación e innovación coordinadas internacionalmente, financiadas con fondos públicos.

Layard dice que tomó conciencia de los peligros del cambio climático cuando leyó el libro del escritor científico británico Fred Pearce sobre el calentamiento y el futuro amenazador del efecto invernadero, publicado en 1989. Luego, como miembro de una comisión de la Cámara de los Lores, abogó por un programa de investigación financiado con fondos públicos, anclado en principios económicos, para combatir el problema. “Tanto entonces como ahora, me pareció que el modo más seguro de resolver el problema es garantizar que la energía limpia sea lo suficientemente barata para desplazar a los combustibles fósiles”.

El peligro del cambio climático para el planeta puede ser visto como una amenaza más, pero extrema, a la búsqueda del bienestar humano y la felicidad que ha sido el hilo conductor de la carrera de Layard.

Geoff Mulgan, cofundador junto a Layard de Action for Happiness, dice que queda mucho por hacer para contar con políticas adecuadas para el bienestar. “Pero Richard ha mostrado tarde en su carrera un notable anhelo de regresar a la base de la economía, cuyo fin siempre fue el bienestar aunque a menudo ha confundido fines con medios”, dice Mulgan, que dirigió la unidad estratégica de Blair y es Director Ejecutivo del Fondo Nacional para la Ciencia, Tecnología y las Artes (organización británica sin fines de lucro que promueve la innovación).

Layard confía en que el movimiento del bienestar llegó para quedarse; cada vez más personas quieren entender los obstáculos que impiden tener una vida satisfactoria y plena.

Y eso lleva a la pregunta obligatoria de si Layard es feliz. “En general, sí, absolutamente. Realmente disfruto la vida. Pero claro que todos tenemos altibajos. Tiene que ver con el comentario sobre los desafíos, ¿no? Si uno trata de lograr ciertas cosas, no puede esperar estar contento todo el tiempo. Porque no siempre se logran”. ■

*Alan Wheatley es escritor económico y editor, anteriormente en Reuters, y editor y coautor de The Power of Currencies and Currencies of Power.*

---

#### Referencia:

*Layard, Richard, Stephen Nickell y Richard Jackman, 1991, Unemployment: Macroeconomic Performance and the Labour Market (Oxford, Reino Unido: Oxford University Press).*